

Lo que debe Madrid a Fernando VII

Jun 30/35 B & N

HE aquí un memorial de desagravios y por lo tanto, un acto de justicia. Hasta ahora no han solido hablar de Fernando VII más que sus adversarios políticos, influidos unos por ingerencias extranacionales y seguidores otros de una rutina, sin parar mientes en la investigación ni en el raciocinio. Mucho habría que hablar, sin embargo, del monarca que apareció en el trono como absoluto, proclamado y aclamado como tal por todas las jerarquias de su pueblo en unos momentos singulares de conmoción universal, y a quien el destino situaba como una torre secular batida a un tiempo por los más airados vendavales.

Pero es hora de recordar serenamente y con la elocuencia de una exposición de hechos, lo que debe Madrid a aquel soberano que no tenía nada de necio, y que dentro de

una época combativa, y para el, de permanente alerta defensiva, llegó a realizar en todos los órdenes de propulsión a las artes, a la industria, al comercio y a la eficaz cultura de su país, una labor que no puede quedar olvidada ni desagradecida.

Es más, Fernando VII tiene monumentos que perpetúan su memoria. En Madrid llegó a existir el basamento para uno de ellos en el Retiro, donde estuvo la fábrica de porcelana de China, volada por los ingleses el año 1812 en la isleta de San Antonio, lugar donde hoy se alza el grupo escultórico del Angel Caído. En Sevilla, dentro de los jardines del palacio de San Telmo, se mira el bronce de la efigie de aquel rey. Aun algo más grato para todo español existe aún. En la última colonia perdida, en la isla de Cuba, permanecen dos estatuas de



FACHADA PONIENTE DEL MUSEO DEL PRADO



VISITA DE FERNANDO VII Y SU ESPOSA A LA POSESION LLAMADA EL TIVOLI, DONDE ESTABA EL REAL ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO. (CURIOSO GRABADO ANTIGUO PERTENECIENTE A LA COLECCION DEL AUTOR DE ESTE ARTICULO)

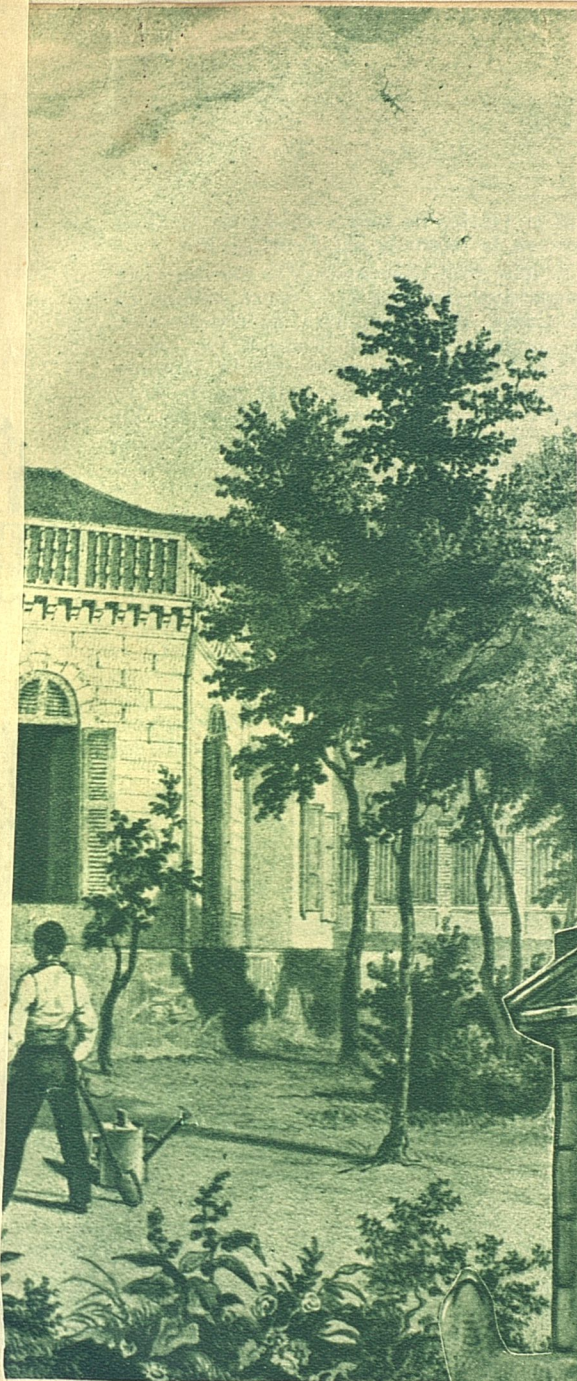
Fernando VII. Una obra comenzada por el gran escultor español José Alvarez Cubero y terminada por Antonio Solá, el autor de la imagen de Cervantes que vemos en la plaza de las Cortes, preside la histórica plaza de Armas de La Habana, y ha sido respetada por los Gobiernos de la independencia de ese país no sólo por su valor artístico, sino porque los cubanos no pueden olvidar que en 1818 fué Fernando VII quien les concedió la libertad de comercio. Y otra estatua

del rey Fernando, labrada en mármol igualmente, sigue presidiendo, en Matanzas, la entrada del antiguo paseo de Cristina, hoy denominado de Martí, que es magnífica terraza tendida sobre un mar otrora tan hispano como el de las costas ancestrales de Iberia.

Veamos en sucesión cronológica lo que Fernando VII fué creando en Madrid y a qué efemérides queda adscrito su nombre. Es el año 1814. Apenas restablecido en

su trono, y en el comienzo de una paz en que ya no tiene que temer del extranjero, sino de los enemigos de dentro de casa, organiza en el Palacio de Buenavista el Museo Militar, embrión de los actuales de Artillería y de Ingenieros del Ejército. El mariscal de campo D. Joaquín Navarro Sangrán y el coronel D. Gaspar Dirnel son sus organizadores.

Al año siguiente no es una devoción marcial, sino un mandato de Minerva quien



LA TIPICA "FUENTECILLA" EN LA CALLE DE TOLEDO, MONUMENTO DEDICADO A FERNANDO VII



rige sus disposiciones. Decreta la reorganización del Museo de Ciencias Naturales, reuniendo el gabinete de Historia Natural, el Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico, con la agregación de las cátedras de Minerología, Zoología, Botánica, Física, Química y Astronomía. El mismo año 1815, la ordenación de los transportes ve creada la Compañía de las Reales Diligencias, y en Madrid, y mismo edificio en que al cabo de ciento veinte años prosigue, aparece la fábrica de cerveza de Santa Bárbara.

1816 trae una promesa al trono. Son las bodas del rey Fernando con Isabel de Braganza. Un acontecimiento de arte rubrica la solemnidad cortesana. Francisca Moreno, la gran cantante madrileña, estrena en la función regia del teatro del Príncipe la ópera de Rossini *La italiana en Argel*. Madrid se embellece con un parque más. El Ayuntamiento convierte en un vergel de maravilla la vieja huerta del Bayo, y trocándole en Casino de la Reina, se lo ofrece como regalo a doña Isabel. En la calle de Toledo, la Fuentecilla es monumento dedicado al monarca y el león que le corona ha sido tallado en la piedra desgastada que antes fué imagen de San Norberto sobre la portada del convento de los Mostenses. El rey ha dado, en cambio, a la villa de Ma-

drid la fábrica de loza y cristal de la Moncloa, en la montaña del Príncipe Pío.

El año 1818, Fernando VII que ha visto desaparecer el teatro de la ópera italiana en los Caños del Peral idea la construcción de un gran coliseo dedicado a ese espectáculo, y pide a su arquitecto D. Antonio López Aguado, los planos del teatro Real, cuya edificación comienza en esta fecha. En 1819, podría decirse que no es mucha la aportación artística, si se atendiera sólo a la cabecera del canal del Manzanares; sin embargo, bello cuerpo de arquitectura, con un zócalo de granito que recibía un pedestal en el que se asentaba un león de mármol con dos columnas dóricas a los lados, el "plus ultra" en los postes y coronas reales en los remates. Pero bastaría para obligar respeto a la memoria de Fernando VII, el solo recuerdo de que ese año fué cuando creó con las propias colecciones de sus palacios, nada menos que esa pinacoteca, única en el mundo, que se llama el Museo del Prado.

El año 1823 es la fecha de otro museo en que Minerva deja plaza a Marte. El 9 de enero creó el de Artillería, separándole del de Ingenieros, con el que hubo construido el Museo Militar en 1814, y dejando el de

EDIFICIO DE LA FACULTAD DE FARMACIA EN LA CALLE DE SU NOMBRE





LA FUENTE LLAMADA DE LOS GALAPAGOS, ACTUALMENTE EN EL PARQUE DEL RETIRO.

castrificación en el palacio de Buenavista, llevó su otra rama a la parte del alcázar del Buen Retiro, donde estuvo el Salón de Reinos, y en el que permanece con tan adecuados centinelas como Felipe IV y Luis I, fundador aquél y nacido éste en el propio real sitio, que así guardan en efígie la entrada de la histórica residencia.

Crea Fernando VII a 18 de agosto de 1824, el Conservatorio de Artes en la calle del Turco, gracioso edificio que fué almacén de cristales de La Granja, construído por D. Manuel Martín Rodríguez, arquitecto continuador del buen estilo de su deudo D. Ventura. Esta casa permanece y tiene su asiento en ella la Academia de Jurisprudencia. Por real decreto de 30 de mayo de 1826, año en que se celebró en Madrid la primera Exposición oficial de Bellas Artes, en el patio de la Real Academia de San Fernando, dispuso aquel monarca que se verificase en el local del Conservatorio de Artes una exposición anual de los productos de la industria española, y en efecto, inauguróse la primera el 30 de mayo de 1827 y continuaron en los siguientes. A ellas concurren todas las provincias de España, y los expositores obtuvieron estímulos y recompensas. El mismo año, otros decretos

crearon la Real Junta de Aranceles, la de Fomento y Riqueza del Reino, la Dirección general de Minas y la Inspección general de Instrucción pública.

Las escuelas de primeras letras de las Diputaciones de barrios, ofrecen en 1825, un esfuerzo en pro de la enseñanza popular, que no puede pasar inadvertido en estos recuerdos. El año 1825, es también el de la contrucción del cementerio de la Sacramental de San Nicolás, hace pocos años desaparecido de una manera tan precipitada como injustificada, y que por su amplitud, decoración y ornato, fué la primera muestra que, pues no hay que contar la sencillez primitiva de los camposantos generales del Norte y del Sur y del patio inicial de la sacramental de San Pedro, hubo en Madrid del respeto y decoro debido a la mansión de la muerte. Siguió al de San Nicolás, el inmediato de San Sebastián, ahora en trance de desaparición, y el año 1831, todavía el reinado de Fernando VII señaló en su capital la aparición del cementerio de San Luis y San Gínés, donde actualmente se abre la calle de Fernández de los Ríos. Sus monumentos y jardines diéronle fama de ser uno de los más bellos recintos funerarios de su tiempo.

Los años 1828 y 29 significan un progreso comercial y financiero. En el primero, son creadas la Escuela de Comercio y la Real Casa de Contratación. Tiene su fundación la Compañía Española de Empresas Varias. Y en el siguiente, a 9 de julio quedó instituida en la Casa de los Cinco Gremios, el Banco de San Fernando, origen del actual Banco de España. Esta labor de organización económica, se completa el 10 de diciembre de 1831, con la fundación de la Bolsa de Comercio de Madrid.

El año 1830 significa la institución del Conservatorio de Música en la Casa del Patriarca, de la desaparecida plaza de los Mostenses, y la erección del edificio del Colegio de Farmacia en la calle de su nombre, sobre el sitio que ocupaba la casa que fué de D. Leandro Fernández Moratín, de cuya huerta aún se conservan árboles en el jardín de la facultad. La inscripción que orna la portada, ofrece su dedicatoria al monarca:

Rege Ferdinando VII
optimo scientiarum protectore.

El 15 de septiembre de ese año, el rey, con su reciente y última esposa, visita la posesión llamada El Tívoli, situada en el mismo sitio que ocupa el hotel Ritz, y donde José de Madrazo ha establecido el Real Establecimiento Tipográfico, que emprende la gran obra de la reproducción en magníficos grabados, de los principales cuadros del Museo del Prado.

La cultura sigue señalando sus efemérides en 1831, para hablarnos del Colegio de San Carlos, mandado construir a 12 de marzo de ese año sobre el solar del Hospital de la Pasión. En este año mismo, y gracias al influjo del rey que destruye trabas de golillas y covachuelistas, Mesonero Romanos consigue publicar un Manual de Madrid. La princesa de Asturias, que no había de tardar en ser la reina Isabel II, había nacido el año anterior, y el 10 de octubre de 1831, es colocada en la Red de San Luis, la primera piedra de la fuente, del escultor José Tomás, según el pensamiento del arquitecto mayor de la villa, Javier de Mariátegui, y que a partir de 1879 quedó trasladada al Retiro, en la plaza que lleva el nombre de Nicaragua. Tomás y Mariátegui son igualmente quienes dos años después idean para igual conmemoración, el Obelisco de la Fuente Castellana, que hoy se alza en la plaza de Manuel Becerra. Recoletos y la Castellana son paseos que la urbanización de la villa debe a los postreros días del rey Fernando, bajo la memorable administración del corregidor D. Domingo María de Barralón, autor de muchos proyectos, cuya realización fué luego base de la fama del marqués viudo de Pontejos.

Todos hemos visto, pues han permanecido hasta nuestros días, unas farolas de gas, las más elegantes y ornamentales de la

villa, que ostentaban en su basamento las cifras de Fernando VII, y la fecha de 1832. Son el testimonio de la inauguración del alumbrado de gas en Madrid, pese al oscurantismo que se ha achacado a la época de ese soberano. Con excesiva insistencia se habla de él para recordar la creación de la Escuela de Tauromaquia, y hasta ahora no he visto recogida la serie de cátedras y otras instituciones de cultura que se le deben y que referidas quedan en estas líneas, escritas con la serenidad y la imparcialidad a que obliga el sano culto de la Historia.

Todavía el año antes de su muerte, sintió sus deberes de español y de rey, al leer el artículo de Mesonero Romanos, publicado el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, para lamentar que hubiese comenzado la demolición de la casa en que apagó su existencia terrena aquel poderoso luminar. Fernando VII dictó entonces una real orden en la que se disponía "que se hicieran proposiciones al dueño de la finca para adquirirla el Estado y dedicarla a algún establecimiento literario". Negóse el propietario a enagenarla, haciendo abuso más que uso, de una propiedad que moralmente pertenecía a la nación, y el rey mandó que fuese colocada sobre la puerta el breve monumento recordatorio, que aun existe.

Aquí termina este balance de la obra de un monarca, cuyos biógrafos han llenado de sombras y no han parado mientes, o no quisieron hacerlo, o acaso lo ignoraban, en el acervo positivo y eficaz que en todos los órdenes dejó a su país y singularmente a Madrid.

Y no hablemos de la actividad de la industria privada, estimulada por el propio rey con la fundación de una fábrica de papeles pintados para decoración de habitaciones, y de la que dejó curiosa muestra en el palacio de la Quinta, y otras manifestaciones que honran al trabajo madrileño, en la iniciativa particular, desarrollado durante aquel reinado, como la Sociedad de Socorros Mutuos contra Incendios, la fábrica de alfombras de la calle de la Palma, la Compañía Española de empresas varias, las casas de baños de guardias de Corps, de Oriente y de la Estrella, la fábrica de alabastros de la calle de la Reina, esquina a la del Clavel, las de pianos, la de lúpulo para la cerveza, diversas muestras, en fin, de un progreso y de una protección al desarrollo de la riqueza.

Todo eso hizo Fernando VII, pero aunque no hubiese hecho más que crear esa maravilla ecuménica que se llama el Museo del Prado, merecería un respeto y una gratitud que bien pueden pesar en el otro platillo de la balanza, hasta ahora vencida del lado que cargaron solo la pasión y el desconocimiento.

Pedro de Répide.

(FOTOS V. MUÑO)